Crónica de un trámite anunciado

■ ■ Nora Carolina Rodríguez Sánchez*

Después de obtener el acta de nacimiento que dice que soy portuguesa hicimos una cita para acudir a la embajada de Portugal en México. La mañana de fines de marzo era preciosa, un poquito fresca. Las jacarandas lucían un violeta feminista que aún conservo en mi memoria. Toda la ciudad se viste de color jacaranda.

Llegué media hora antes porque las distancias pueden parecer grandes en CDMX y el tráfico a veces se intensifica. Tomé un autobús que cruza la ciudad por el segundo piso del periférico, te subes en Acoxta y no se detiene hasta su destino: Auditorio Nacional. Ahí compré un café y pedí un taxi por aplicación. Llegué a Lomas de Chapultepec.

La casa tiene una barda alta y sobre el portal una bandera del país y otra, a la derecha, de la Unión Europea. En la puerta de metal dos letreros que anuncian que los trámites se realizan solo a través del sitio web. Un timbre para anunciarte. Toco el timbre y una voz de hombre me pregunta qué quiero. Le doy mi nombre y digo que tengo cita para sacar el documento de identidad ciudadana. Concretamente le digo que voy a sacar el *cartão de identidade*. Me abre la puerta y me dice que aunque llegué temprano la persona citada que va después de mí llegó antes. Que pase y me siente. Es un pequeño patio con seis o siete sillas al aire libre. Hay dos hombres de no más de cuarenta años esperando. Supongo que son de quienes me habló el portero. Dije buenos días y me senté.

Una habitación-oficina se podía ver frente a nosotros y ahí atendían a alguien. Luego llegó una señora a recoger un pasaporte y también se sentó con nosotros y después de 10 minutos le entregaron el documento. Yo pensé que atenderían antes a quienes llegaron así, porque un poco socarrón el guardia me avisó eso. Pero no. Pasé exactamente a la hora que me tocó.

Me atendió un joven también cuarentón, un burócrata en forma. Me pregunta qué quiero y le digo que tengo cita para gestionar el *cartão*. Revisa en su computadora y confirma mi cita y me dice que le debo pasar los documentos según él los vaya pidiendo. Me pide el acta de nacimiento y dice: “esto debe venir en dos hojas”. Yo la llevé impresa con el reverso en una sola. Hace una cara como (*hum*).

El formato de la solicitud pedía algunos datos que no supe llenar pero cargué con hojas en blanco por si las dudas. Le digo lo que no supe cómo llenar y me pide verlo y acota: “no, ni lo que llenó lo llenó bien”. Revisó esa hoja, tachó lo que estaba mal y me indicó lo que faltaba. Mientras él hablaba yo hacía una hoja nueva.

Él me seguía preguntando y tecleaba y yo traté de hacerle plática. Le dije si no extraña tener que hablar español y me dijo pues es que ustedes hablan español y en portugués le dije: *você pode eu compreendo*. Y me dijo que pronuncio mal “compreendo”. Ja. Dijo que tiene 16 años acá. Ah, le dije qué bueno que le gustó México. “No es que me guste, es que tengo que estar aquí”.

Me pasó a una máquina donde dijo: “aquí haremos tres cosas, primero una fotografía, va a ver en este punto, los pies los pondrá a esta distancia. Puede sonreír pero no enseñe los dientes”. Otro ja. “Luego va a posar los índices en tal lugar pero cuando yo le diga. Después va a firmar en este espacio pero no se pase de tal límite”. Así lo hicimos y pasé de nuevo a la silla frente a su escritorio.

Me preguntó mi último grado académico y cuando le dije que tengo maestría en educación cambió la forma de hablarme, noté que dejó un poquito de ser impositivo a una nadita de respeto. Otro largo ja. Me dieron ganas de preguntarle sobre su grado académico pero no.

Me dijo que debía poner mi índice de nuevo en un lector de huellas pero no lo registraba y me dice: “¿se puso crema?” Pues sí. “A ver, limpie los índices

* Nacida en Monterrey en 1957. Profesional de la educación, ha colaborado en publicaciones como *A Lápiz*, *Conciencia Libre*, *La Quincena*, *Nosotras y Trastienda*.

en el escritorio y luego los pasa por las sienes”. Le dije claro que en la cara también tengo crema. Sorprendido: “¿también se puso crema?”. Hoy aprendió que algunas personas que vamos ahí usamos cremas. Una para las manos y otra para la cara. Criatura.

Imprimió una hoja donde dice que es un comprobante del trámite y en esa lengua que entiendo casi perfectamente con solo verla, leo que especifica que no es necesario llevarlo para entregarme el *cartão*, pero él me dice que en un mes o mes y medio llegará y que debo ir a recogerlo con ese papel. Guardo en mi folder los papeles y salgo a la alfombra violeta, camino cuatro cuadras y tomo un camión hasta Polanco. Me compro dos libros en librería *El Pendulo* y almuerzo por ahí.

Desde Ciudad de México reporta esta mexicana nueva portuguesa.

[Nota al margen. En 2015 mediante una ley enunciada para enmendar una deuda histórica para descendientes de judíos sefardíes expulsados de la Península Ibérica en 1492 por la corona española, España y Portugal ofrecieron dar la ciudadanía. Los requisitos nada sencillos eran la comprobación del origen con documentos probatorios de siete u ocho generaciones atrás. Dichos judíos llegaron a Jalisco, Coahuila y Nuevo León –principalmente– y en algunos casos se asentaron y crearon lazos familiares endogámicos como en Nuevo León, donde muchos no sólo se consideran primos sino que lo son, lo somos.

En su momento encontramos dichos documentos, enviados primero a la comunidad israelita en Portugal, quien avaló dicha genealogía y emitió un certificado el cual fue enviado al gobierno y ellos procedieron a procesar la solicitud de ciudadanía. Los sefardíes llegaron a varios países y algunos descendientes solicitamos el trámite. En mi caso tardaron cuatro años en resolver el caso].